



Alegoría de la precariedad y brevedad de la vida humana

Autor: Karel Dujardin

(Amsterdam, 1626 - Venecia 1678)

Esta obra se halla en el Museo Estatal de Arte de Copenhagen



El pie izquierdo del niño risueño se apoya sobre una burbuja o pompa de jabón, que es símbolo de la fragilidad, de la caducidad, de la ambición humana y de la propia vida.

Una pompa o burbuja de jabón es una capa de líquido con dos películas muy finas de jabón y agua que forman una esfera hueca, y exhiben superficies iridiscentes.

Normalmente las pompas o burbujas de jabón duran sólo unos segundos y luego estallan por sí solas o por contacto con otro objeto. A menudo se usan como juego para los niños, pero su uso en espectáculos artísticos demuestra que también pueden ser fascinantes para los adultos.

Breve biografía de Karel Dujardin

La familia de este autor era de origen francés. Él nació en Amsterdam el 27 de Septiembre de 1622, falleciendo en Venecia el 20 de Noviembre de 1678 a consecuencia de una extraña intoxicación alimentaria.

Fue pintor y grabador barroco holandés, especializado en paisajes.

Consta que visitó *París en el año 1650*. En 1675 viajó a Italia, instalándose en Roma.

La burbuja de jabón: "Vanitas"

La *burbuja de jabón*, símbolo de la fragilidad, de lo banal, de lo vacío sin contenido alguno, de la fugacidad, de la ambición humana y de la vida misma ha fascinado a generaciones de artistas por el juego de colores, por su brillo, por su ligereza. Es símbolo de una belleza efímera, que desaparecerá en breve como si nunca hubiera existido.

La *burbuja de jabón* es un caso especial dentro de la iconografía de los *vanitas*, no solamente indica la fragilidad de la vida, sino también la vulnerabilidad inherente al ser humano. Este símbolo fue recogido ya en la antigüedad clásica por los escritores Varrón y Lucano quienes consagraron la frase latina: *Homo bulla est* ("el ser humano es pompa de jabón"), y la de *Vita quasi fumus, bullula flos que perit* ("la vida es casi humo, pequeña flor que perece"). Ambas sentencias fueron transmitidas en el Renacimiento a través los *Adagia* de Erasmo de Rotterdam, consiguiendo en la segunda mitad del siglo XVII una gran difusión junto con otros motivos que reflejaban la mortalidad.

Esta obra del pintor holandés Dujardin, que fue pintada en el año 1663, podría pertenecer al género artístico *vanitas*, que resalta la vacuidad de la vida y la gran importancia de la muerte como fin de todo lo terrenal. La *vanitas* se entiende aquí más bien no como soberbia u orgullo sino en el sentido de futilidad, insignificancia, incertidumbre, vulnerabilidad de la vida y brevedad de la existencia. Esta forma de considerar "lo más trágico de la vida" se desarrolló intensamente durante el Barroco, en los siglos XVII y XVIII, y en España abundó el macabrisimo.

El 9 de diciembre de 1992, el físico francés Pierre-Guilles de Gennes, profesor del Colegio de Francia, tras la concesión del Premio Nobel de física, terminó su conferencia en Estocolmo con esta poesía, añadiendo que ninguna conclusión podría haber sido más adecuada:

*Riquezas, honores, falsas ilusiones de este mundo,
todo no es más que una burbuja de jabón.*

Esta poesía aparece como glosa en un grabado del año 1758 de Jean Daullé, copia de la obra perdida de François Boucher “*la souffleuse de savon*”.

¿La necesidad temeraria de un niño risueño?

La sonrisa del niño es la principal razón de la fascinación que la obra produce en el espectador que se siente interpelado, pero cuando se interpreta en clave moralista desvela su gran inconsciencia y necesidad, que parece ignorar la vulnerabilidad de la vida. Dando la espalda al puerto y alejándose de la orilla, se ríe mientras juega con las burbujas de jabón sin advertir la presencia de las amenazantes nubes en el horizonte de un mar cada vez más encrespado, anunciando una tempestad con resultado incierto para él, dada la precariedad de los apoyos de que dispone.

El niño sigue con la mirada las burbujas que se alejan volando, sin saber adónde van ni a qué. Se mantiene en un difícil equilibrio, apoyando su pie izquierdo sobre una frágil burbuja que podría estallar en cualquier momento. Parece un funámbulo que desprecia el peligro. Quizás piense que la *concha*, símbolo del peregrino que somos todos, le permitirá flotar durante algún tiempo. No obstante el equilibrio es muy precario ya que está suspendido entre un cielo encapotado y un mar proceloso.

En la *concha* hay un conjunto de *perlas* engarzadas, algo mundano y vano, y una rama de *coral*, como una especie de árbol caído en miniatura, que podría evocar el del Paraíso perdido por el pecado original de Eva y Adam.

Posiblemente gracias a la *concha* el niño sigue su temerario viaje con rostro risueño, sin miedo a que un instante termine con él. Su manto rojizo que lo envuelve parece flotar. Si de repente se lo tragara la nada, perecería sin tiempo para un último pensamiento, para una profunda reflexión, soplando la última burbuja. Tal vez no se trata de un niño concreto sino del símbolo del ser humano ignorante de sí mismo, pero tal vez se le podría dar otra interpretación.

Parece que el autor de este cuadro pretende inquietar al espectador, colocando ante su mirada una situación muy arriesgada, quizás fruto de la vanidad, la inconsciencia, la soberbia de estar seguro de sí mismo, cuando razonablemente sólo hay motivos para lo contrario.

Todos somos el peregrino frívolo que ante esta obra debiera meditar sobre la inestabilidad de su situación en este mundo ya que desconoce lo que le deparará el futuro, el tiempo que le queda y el final que le espera; sólo tiene absoluta certeza de que algún día morirá. Le toca elegir su travesía o como mínimo estar preparado en todo momento para no llegar al puerto, que está al otro lado de esta vida, con las manos vacías.

Tal vez no es un niño, sino la imagen del permanente infantilismo humano que se empeña en creer que la muerte no existe, que confunde la vida terrenal con la eternal. Pero, no obstante nos podemos formular una pregunta ¿quién puede ser realmente este personaje, que camina sobre las aguas resuelto y alegre? ¿Hacia donde dirige su mirada? ¿Es realmente un necio insensato o...?

Una última reflexión

Mirando atentamente el rostro de este niño de rubios cabellos y sonrisa alegre, pero también misteriosa, cuesta trabajo considerar que se trate de un necio.

En el año 1650 Dujardin visitó París, como ya se ha comentado. Ese mismo año Jacques Daret pintó un cuadro que tituló Salvator Mundi. En esta obra Jesús aparece como un niño de cabellos dorados y de una edad similar al que dibujará posteriormente Dujardin.

¿Quizás Dujardin conoció este cuadro de Jacques Daret en su visita parisina?

En cualquier caso este Niño misterioso podría renovar la imagen del Jesús que caminaba sobre las aguas...

El Niño, en esta obra, va vestido de rojo y azul. Ya en el Evangelionario de Brandenburg del siglo XIII, Jesús utilizaba estos mismos colores distribuidos de igual forma.

Con la aportación de estos datos, cada uno podría hacer su reflexión personal.

Encarnación Vacar

www.vacarparacon-siderar.es